

“García Lorca en tiempos de covid”

C. E. I. P. “San José de la Montaña”.
Sangonera la Seca. Murcia



BODAS DE SANGRE

(García Lorca en tiempos de Covid)

INTRODUCCIÓN:

Hace 93 años, la noche del 22 de julio de 1928, la hija pequeña del encargado de uno de los cortijos más ricos de Níjar (Almería) escapó con otro hombre. Acababa de abandonar a su novio la misma noche de la boda.

Lo que ocurrió a continuación fue una tragedia... que recogieron los periódicos y revistas de la época: *ABC*, *El Sol*, *Heraldo de Madrid*, *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico*...

Poco después, en la Residencia de Estudiantes (Madrid), un joven llamado Ontañón contaba esto:

“Charlábamos Federico y yo cuando Diego Burgos arrojó sobre la mesa un número de *ABC*” ... Federico lo cogió, se interesó por una noticia dramática que había ocurrido en Almería y dijo: “¡La prensa, qué maravilla! ¡Leed esta noticia! ¡Es un drama difícil de inventar!”

Con aquel suceso desgraciado y grotesco, Federico García Lorca creó una de las obras más hermosas de la literatura en español de todos los tiempos.

En momentos como éstos,
tiempos de otra tragedia
que ahora llaman pandemia,
de mascarillas, geles y metros,

rescatamos al poeta,
recogemos del tiempo la tristeza,
mientras tratamos de hacer con ésta
un modesto ramo de belleza.



ACTO PRIMERO. Cuadro primero. (Davinia y Miguel Ángel)

NOVIO: (Entrando.) Madre.

MADRE: ¿Qué?

NOVIO: me voy.

MADRE: ¿Adónde?

NOVIO: A la viña. (Va a salir.)

MADRE: Espera.

NOVIO: ¿Quiere algo?

MADRE: Hijo, el almuerzo.

NOVIO: Déjelo. Comeré uvas.

Deme la navaja.

MADRE: ¿Para qué?

NOVIO: (riendo.) Para cortarlas.

MADRE: (Entre dientes y buscándola.)

La navaja, la navaja... Malditas sean todas las navajas y el bibrón que las inventó.

NOVIO: Vamos a otro asunto.

MADRE: Y las escopetas y las pistolas y el cuchillo más pequeño, y hasta las azadas y los bieldos de la era.

NOVIO: Bueno.

MADRE: Todo lo que puede cortar el cuerpo de un hombre. Un hombre hermoso, con su flor en la boca, que sale a las viñas o va a sus olivos propios, porque son de él, heredados...

NOVIO: (Bajando la cabeza.) Calle usted.

MADRE: ... Y ese hombre no vuelve. O si vuelve es para ponerle una palma encima o un plato de sal gorda para que no se hinche. No sé cómo te atreves a llevar una navaja en tu cuerpo, ni cómo yo dejo la serpiente dentro del arcón.

NOVIO: ¿Está bueno ya?

MADRE: Cien años que yo viviera, no hablaría de otra cosa. Primero tu padre; que me olía a clavel y lo disfruté tres años escasos. Luego tu hermano. ¿Y es justo y puede ser que una cosa pequeña como una pistola o una navaja pueda acabar con un hombre, que es un toro? No callaría nunca. Pasan los meses y la desesperación me pica en los ojos y hasta en las puntas del pelo.

NOVIO: (Fuerte.) ¿Vamos a acabar?

MADRE: No. No vamos a acabar. ¿Me puede alguien traer a tu padre? ¿Y a tu hermano? Y luego el presidio. ¿Qué es el presidio? ¡Allí comen, allí fuman, allí tocan los instrumentos! Mis muertos llenos de hierba, sin hablar, hechos polvo; dos hombres que eran dos geranios... Los matadores, en presidio, frescos, viendo los montes...

NOVIO: ¿Es que quiere usted que los mate?



MADRE: No... Si hablo es porque... ¿Cómo no voy a hablar viéndote salir por esa puerta? Es que no me gusta que lleves navaja. Es que... que no quisiera que salieras al campo.

NOVIO: (Riendo.) ¡Vamos!

MADRE: Que me gustaría que fueras una mujer. No te irías al arroyo ahora y bordaríamos las dos cenefas y perritos de lana.

NOVIO: (coge de un brazo a la madre y ríe.) Madre, ¿y si yo la llevara conmigo a las viñas?

MADRE: ¿Qué hace en las viñas una vieja? ¿Me ibas a meter debajo de los pámpanos?

NOVIO: (Levantándola en sus brazos.) Vieja, revieja, requetevieja.

MADRE: Tu padre sí que me llevaba. Eso es buena casta. Sangre. Tu abuelo dejó un hijo en cada esquina. Eso me gusta. Los hombres, hombres; el trigo, trigo.

NOVIO: ¿Y yo, madre?

MADRE: ¿Tú, qué?

NOVIO: ¿Necesito decírselo otra vez?

MADRE: (Seria.) ¡Ah!

NOVIO: ¿Es que le parece mal?

MADRE: No.

NOVIO: ¿Entonces?...

MADRE: No lo sé yo misma. Así, de pronto, siempre me sorprende. Yo sé que la muchacha es buena. ¿Verdad que sí? Modosa. Trabajadora. Amasa su pan y cose sus faldas, y siento sin embargo cuando la nombro, como si me dieran una pedrada en la frente.

NOVIO: Tonterías.

MADRE: Más que tonterías. Es que me quedo sola. Ya no me quedas más que tú y siento que te vayas.

NOVIO: Pero usted vendrá con nosotros.

MADRE: No. Yo no puedo dejar aquí solos a tu padre y a tu hermano.

Tengo que ir todas las mañanas, y si me voy es fácil que muera uno de los Félix, uno de la familia de los matadores, y lo entierren al lado. ¡Y eso sí que no! ¡Ca! ¡Eso sí que no! Porque con las uñas lo desentierro y yo sola lo machaco contra la tapia.

NOVIO: (Fuerte.) Vuelta otra vez.

MADRE: Perdóname. (Pausa.) ¿Cuánto tiempo llevas en relaciones?

NOVIO: Tres años. Ya pude comprar la viña.

MADRE: Tres años. ¿Ella tuvo un novio, no?

NOVIO: No sé. Creo que no. Las muchachas tienen que mirar con quien se casan.

MADRE: Sí. Yo no miré a nadie. Miré a tu padre, y cuando lo mataron miré a la pared de enfrente. Una mujer con un hombre, y ya está.

NOVIO: Usted sabe que mi novia es buena.

MADRE: No lo dudo. De todos modos siento no saber cómo fue su madre.

NOVIO: ¿Qué más da?

MADRE: (Mirándolo.) Hijo.

NOVIO: ¿Qué quiere usted?

MADRE: ¡Que es verdad! ¡Que tienes razón! ¿Cuándo quieres que la pida?

NOVIO: (Alegre.) ¿Le parece bien el domingo?

MADRE: (Seria.) Le llevaré los pendientes de azófar, que son antiguos, y tú le compras...

NOVIO: Usted entiende más...

MADRE: Le compras unas medias caladas, y para ti dos trajes... ¡Tres! ¡No te tengo más que a ti!

NOVIO: Me voy. Mañana iré a verla.

MADRE: Sí, sí, y a ver si me alegras con seis nietos, o los que te dé la gana, ya que tu padre no tuvo lugar de hacérmelos a mí.

NOVIO: El primero para usted.

MADRE: Sí, pero que haya niñas. Que yo quiero bordar y hacer encaje y estar tranquila.

NOVIO: Estoy seguro que usted querrá a mi novia.

MADRE: La querré. (Se dirige a besarle y reacciona.) Anda, ya estás muy grande para besos. Se los das a tu mujer. (Pausa. Aparte). Cuando lo sea.

NOVIO: Me voy.

MADRE: Que caves bien la parte del molinillo, que la tienes descuidada.

NOVIO: ¡Lo dicho!

MADRE: Anda con Dios.

(Vase el novio. La madre queda sentada de espaldas a la puerta).

ACTO PRIMERO. Cuadro tercero.
(Elena, Davinia, Miguel Ángel y Josué)

CRIADA: Pasen... (Muy afable, llena de hipocresía humilde. Entran el novio y su madre. La madre viste de raso negro y lleva mantilla de encaje. El novio, de pana negra con gran cadena de oro.)
¿Se quieren sentar? Ahora vienen. (Sale.)

(Quedan madre e hijo sentados
inmóviles como estatuas. Pausa larga)

MADRE: ¿Traes el reloj?

NOVIO: Sí. (Lo saca y lo mira.)

MADRE: Tenemos que volver a tiempo. ¡Qué lejos vive esta gente!

NOVIO: Pero estas tierras son buenas.

MADRE: Buenas; pero
demasiado solas. Cuatro
horas de camino y ni una
casa ni un árbol.

NOVIO: Éstos son los
secanos.

MADRE: Tu padre los
hubiera
cubierto de árboles.

NOVIO: ¿Sin agua?

MADRE: Ya la hubiera
buscado. Los tres años
que estuvo casado

conmigo, plantó diez cerezos. (Haciendo memoria.) Los tres nogales
del molino, toda una viña y una planta que se llama Júpiter, que
da flores encarnadas, y se secó. (Pausa.)

NOVIO: (Por la novia.) Debe estar vistiéndose.

(Entra el padre de la novia. Es anciano,
con el cabello blanco reluciente.
Lleva la cabeza inclinada. La madre
y el novio se levantan y
se dan las manos en silencio.)

PADRE: ¿Mucho tiempo de viaje?

MADRE: Cuatro horas. (Se sientan.)

PADRE: Habéis venido por el camino más largo.

MADRE: Yo estoy ya vieja para andar por las terreras del río.

NOVIO: Se marea. (Pausa.)

PADRE: Buena cosecha de esparto.



Colegio Público “San José de la Montaña”. Sangonera la Seca. Murcia

NOVIO: Buena de verdad.

PADRE: En mi tiempo, ni esparto daba esta tierra. Ha sido necesario castigarla y hasta llorarla, para que nos dé algo provechoso.

MADRE: Pero ahora da. No te quejes. Yo no vengo a pedirte nada.

PADRE: (Sonriendo.) Tú eres más rica que yo. Las viñas valen un capital. Cada pámpano una moneda de plata. Lo que siento es que las tierras... ¿entiendes?... estén separadas. A mí me gusta todo junto. Una espina tengo en el corazón, y es la huertecilla esa metida entre mis tierras, que no me quieren vender por todo el oro del mundo.

NOVIO: Eso pasa siempre.

PADRE: Si pudiéramos con veinte pares de bueyes traer tus viñas aquí y ponerlas en la ladera. ¡Qué alegría!...

MADRE: ¿Para qué?

PADRE: Lo mío es de ella y lo tuyo de él. Por eso. Para verlo todo junto, ¡que junto es una hermosura!

NOVIO: Y sería menos trabajo.

MADRE: Cuando yo me muera, vendéis aquello y compráis aquí al lado.

PADRE: Vender, ¡vender! ¡Bah! comprar, hija, comprarlo todo. Si yo hubiera tenido hijos hubiera comprado todo este monte hasta la parte del arroyo. Porque no es buena tierra; pero con brazos se la hace buena, y como no pasa gente no te roban los frutos y puedes dormir tranquilo. (Pausa.)

MADRE: Tú sabes a lo que vengo.

PADRE: Sí.

MADRE: ¿Y qué?

PADRE: Me parece bien. Ellos lo han hablado.

MADRE: Mi hijo tiene y puede.

PADRE: Mi hija también.

MADRE: Mi hijo es hermoso. No ha conocido mujer. La honra más limpia que una sábana puesta al sol.

PADRE: Qué te digo de la mía. Hace las migas a las tres, cuando el lucero. No habla nunca; suave como la lana, borda toda clase de bordados y puede cortar una maroma con los dientes.

MADRE: Dios bendiga su casa.

PADRE: Que Dios la bendiga.

(Aparece la criada con dos bandejas. Una con

MADRE: (Al hijo.) ¿Cuándo queréis la boda?

NOVIO: El jueves próximo.

PADRE: Día en que ella cumple veintidós años justos.

MADRE: ¡Veintidós años! Esa edad tendría mi hijo mayor si viviera. Que viviría caliente y macho como era, si los hombres no hubieran inventado las navajas.

PADRE: En eso no hay que pensar.

MADRE: Cada minuto. Métete la mano en el pecho.

PADRE: Entonces el jueves, ¿No es así?

NOVIO: Así es.

PADRE: Los novios y nosotros iremos en coche hasta la iglesia, que está muy lejos, y el acompañamiento en los carros y en las caballerías que traigan.

MADRE: Conformes.

(Pasa la criada.)

PADRE: Dile que ya puede entrar. (A la madre.) Celebraré mucho que te guste.

ACTO SEGUNDO. Cuadro primero. (Elena y Lidia)

Zaguán de casa de la novia. Portón al fondo. Es de noche. La novia sale con enaguas blancas encañonadas, llenas de encajes y puntas bordadas y un corpiño blanco, con los brazos al aire. La criada, lo mismo.

CRIADA: Aquí te acabaré de peinar.

NOVIA: No se puede estar ahí dentro del calor.

CRIADA: En estas tierras no refresca ni al amanecer.

(Se sienta la novia en una silla baja y se mira en su espejito de mano. La criada la peina.)



NOVIA: Mi madre era de un sitio donde había muchos árboles. De tierra rica.

CRIADA: ¡Así era ella de alegre!

NOVIA: Pero se consumió aquí.

CRIADA: El sino.

NOVIA: Como nos consumimos todas. Echan fuego las paredes. ¡Ay!, no tires demasiado.

CRIADA: Es para arreglarte mejor esta onda. Quiero que te caiga sobre la frente. (La novia se mira en el espejo.) Qué hermosa estás. ¡Ay! (La besa apasionadamente.)

NOVIA: (Seria.) Sigue peinándome.

CRIADA: (Peinándola.) ¡Dichosa tú que vas a abrazar a un hombre, que lo vas a besar, que vas a sentir su peso!

NOVIA: Calla.

CRIADA: Y lo mejor es, cuando te despiertes y lo sientas al lado y que él te roza los hombros con su aliento, como con una plumilla de ruiseñor.

NOVIA: (Fuerte.) ¿Te quieres callar?

CRIADA: ¡Pero, niña! ¿Una boda, qué es? Una boda es esto y nada más. ¿Son los dulces? ¿Son los ramos de flores? No. Es una cama relumbrante y un hombre y una mujer.

NOVIA: No se debe decir.

CRIADA: Eso es otra cosa. ¡Pero es bien alegre!

NOVIA: O bien amargo.

CRIADA: El azahar te lo voy a poner desde aquí, hasta aquí, de modo que la corona luzca sobre el peinado (Le prueba el ramo de azahar.)

NOVIA: (Se mira en el espejo.) Trae. (Coge el azahar y lo mira y deja caer la cabeza abatida.)

CRIADA: ¿Qué es esto?

NOVIA: Déjame.

CRIADA: No son horas de ponerse triste. (Animosa.). Trae el azahar. (La novia tira el azahar.) ¡Niña! ¿Qué castigo pides tirando al suelo la corona? ¡Levanta esa frente! ¿Es que no te quieres casar? Dilo. Todavía te puedes arrepentir. (Se levanta.)

NOVIA: Son nublos. Un mal aire en el centro. ¿Quién no lo tiene?

CRIADA: ¿Tú quieres a tu novio?

NOVIA: Lo quiero.

CRIADA: Sí, sí estoy segura.

NOVIA: Pero éste es un paso muy grande.

CRIADA: Hay que darlo.

NOVIA: Ya me he comprometido.

CRIADA: Te voy a poner la corona.

NOVIA: (Se sienta.) Date prisa, que ya deben ir llegando.

CRIADA: Ya llevarán lo menos dos horas de camino.

NOVIA: ¿Cuánto hay de aquí a la iglesia?

CRIADA: Cinco leguas por el arroyo, que por el camino hay el doble.

(La novia se levanta y la criada se entusiasma al verla.)

Despierte la novia

la mañana de la boda.

¡Que los ríos del mundo

lleven tu corona!

NOVIA: (Sonriente.). Vamos.

CRIADA: (La besa entusiasmada y baila alrededor.)

Que despierte

con el ramo verde

del laurel florido.

¡Que despierte

por el tronco y la rama

de los laureles!

(Elena, Lidia y Lucía)

(Se oyen unos aldabonazos.)

NOVIA: ¡Abre! Deben ser los primeros convidados. (Entra. La criada abre sorprendida.)

CRIADA: ¿Tú?

LEONARDO: Yo. Buenos días.

CRIADA: ¡El primero!

LEONARDO: ¿No me han convidado?

CRIADA: Sí.

LEONARDO. Por eso vengo.

CRIADA: ¿Y tu mujer?

LEONARDO: Yo vine a caballo.

Ella se acerca por el camino.

CRIADA: ¿No te has encontrado a nadie?

LEONARDO: Los pasé con el caballo.

CRIADA: Vas a matar al animal con tanta carrera.

LEONARDO: ¡Cuando se muera, muerto está! (Pausa.)

CRIADA: Siéntate. Todavía no se ha levantado nadie.

LEONARDO: ¿Y la novia?

CRIADA: Ahora mismo la voy a vestir.

LEONARDO: ¿La novia! ¡Estará contenta!

CRIADA: (Variando la conversación.) ¿Y el niño?

LEONARDO: ¿Cuál?

CRIADA: Tu hijo.

LEONARDO: (Recordando como soñoliento.) ¡Ah!

CRIADA: ¿Lo traen?

LEONARDO: No. (Pausa. Voces cantando muy lejos.)

VOCES:

¡Despierte la novia
la mañana de la boda!

LEONARDO:

Despierte la novia
la mañana de la boda.

CRIADA: Es la gente. Viene lejos todavía.

LEONARDO: (Levantándose.) ¿La novia llevará una corona grande, no? No debía ser tan grande. Un poco más pequeña le sentaría mejor.



¿Y traje ya el novio el azahar que se tiene que poner en el pecho?

NOVIA: (Apareciendo todavía en enaguas y con la corona de azahar puesta.) Lo traje.

CRIADA: (Fuerte.) No salgas así.

NOVIA: ¿Qué más da? (Seria.) ¿Por qué preguntas si trajeron el azahar? ¿Llevas intención?

LEONARDO: Ninguna. ¿Qué intención iba a tener? (Acercándose.) Tú que me conoces, sabes que no la llevo. Dímelo. ¿Quién he sido yo para ti? Abre y refresca tu recuerdo. Pero dos bueyes y una mala choza son casi nada. Ésa es la espina.

NOVIA: ¿A qué vienes?

LEONARDO: A ver tu casamiento.

NOVIA: ¡También yo vi el tuyo!

LEONARDO: Amarrado por ti, hecho con tus dos manos. A mí me pueden matar, pero no me pueden escupir. Y la plata, que brilla tanto, escupe algunas veces.

NOVIA: ¡Mentira!

LEONARDO: No quiero hablar, porque soy hombre de sangre y no quiero que todos estos cerros oigan mis voces.

NOVIA: Las mías serían más fuertes.

CRIADA: Estas palabras no pueden seguir. Tú no tienes que hablar de lo pasado. (La criada mira a las puertas presa de inquietud.)

NOVIA: Tiene razón. Yo no debo hablarte siquiera. Pero se me calienta el alma de que vengas a verme y atisbar mi boda y preguntes con intención por el azahar. Vete y espera a tu mujer en la puerta.

LEONARDO: ¿Es que tú y yo no podemos hablar?

CRIADA: (Con rabia.) No; no podéis hablar.

LEONARDO: Después de mi casamiento he pensado noche y día de quién era la culpa, y cada vez que pienso sale una culpa nueva que se come a la otra; ¡pero siempre hay culpa!

NOVIA: Un hombre con su caballo sabe mucho y puede mucho para poder estrujar a una muchacha metida en un desierto. Pero yo tengo orgullo. Por eso me caso. Y me encerraré con mi marido, a quien tengo que querer por encima de todo.

LEONARDO: El orgullo no te servirá de nada. (Se acerca.)

NOVIA: ¡No te acerques!

Colegio Público “San José de la Montaña”. Sangonera la Seca. Murcia

LEONARDO: Callar y quemarse es el castigo más grande que nos podemos echar encima. ¿De qué me sirvió a mí el orgullo y el no mirarte y el dejarte despierta noches y noches? ¡De nada! ¡Sirvió para echarme fuego encima! Porque tú crees que el tiempo cura y que las paredes tapan, y no es verdad, no es verdad. ¡Cuando las cosas llegan a los centros, no hay quien las arranque!

NOVIA: (Temblando.) No puedo oírte. No puedo oír tu voz. Es como si me bebiera una botella de anís y me durmiera con una colcha de rosas. Y me arrastra, y sé que me ahogo, pero voy detrás.

CRIADA: (Cogiendo a Leonardo por las solapas.) ¡Debes irte ahora mismo!

LEONARDO: Es la última vez que voy a hablar con ella. No temas nada.

NOVIA: Y sé que estoy loca y sé que tengo el pecho podrido de aguantar, y aquí estoy quieta por oírlo, por verlo menear los brazos.

LEONARDO: No me quedo tranquilo si no te digo estas cosas. Yo me casé. Cásate tú ahora.

CRIADA: (A Leonardo.) ¡Y se casa!

VOCES: (Cantando más cerca.)

Despierte la novia

la mañana de la boda.

NOVIA: ¡Despierte la novia!

(Sale corriendo a su cuarto.)

CRIADA: Ya está aquí la gente. (A Leonardo.) No te vuelvas a acercar a ella.

LEONARDO:

Descuida. (Sale por la izquierda. Empieza a clarear el día.)

ACTO SEGUNDO. Cuadro segundo. (Amina, Lucía y todos)

MUJER DE LEONARDO:

Vamos.

LEONARDO: ¿Adónde?

MUJER: A la iglesia. Pero no vas en el caballo.

Vienes conmigo.

LEONARDO: ¿En el carro?

MUJER: ¿Hay otra cosa?

LEONARDO: Yo no soy hombre para ir en carro.

MUJER: Y yo no soy mujer para ir sin su marido en un casamiento.

¡Que no puedo más!

LEONARDO: ¡Ni yo tampoco!

MUJER: ¿Por qué me miras así? Tienes una espina en cada ojo.

LEONARDO: ¡Vamos!

MUJER: No sé lo que pasa. Pero pienso y no quiero pensar. Una cosa sé. Yo ya estoy despachada. Pero tengo un hijo. Y otro que viene. Vamos andando. El mismo sino tuvo mi madre. Pero de aquí no me muevo. (Voces fuera.)

VOCES:

¡Al salir de tu casa
para la iglesia,
acuérdate que sales
como una estrella!

MUJER: (Llorando.) ¡Acuérdate que sales como una estrella! Así salí yo de mi casa también. Que me cabía todo el campo en la boca.

LEONARDO: (Levantándose.) Vamos.

MUJER: ¡Pero conmigo!

LEONARDO: Sí. (Pausa.) ¡Echa a andar! (Salen.)

VOCES:

Al salir de tu casa
para la iglesia
acuérdate que sales
como una estrella.



ACTO TERCERO. Cuadro primero. (Amina, Ibán y Miguel Ángel)

Leñador 1: ¿Y los han encontrado?

Leñador 2: No. Pero los buscan por todas partes.

Leñador 3: Ya darán con ellos.

Leñador 2: ¡Chiss!

Leñador 3: ¿Qué?

Leñador 2: Parece que se acercan por todos los caminos a la vez.

Leñador 1: Cuando salga la Luna los verán.

Leñador 2: Debían dejarlos.

Leñador 1: El mundo es grande. Todos pueden vivir en él.

Leñador 3: Pero los matarán.

Leñador 2: Hay que seguir la inclinación; han hecho bien en huir.

Leñador 1: Se estaban engañando uno a otro y al fin la sangre pudo más.

Leñador 3: ¡La sangre!

Leñador 1: Hay que seguir el camino de la sangre.

Leñador 2: Pero sangre que ve la luz se la bebe la tierra.

Leñador 1: ¿Y qué? Vale más ser muerto desangrado que vivo con ella podrida.

Leñador 3: Callad.

Leñador 1: ¿Qué? ¿Oyes algo?

Leñador 3: Oigo los grillos, las ranas, el acecho de la noche.

Leñador 1. Pero el caballo no se siente.

Leñador 3: No.

Leñador 1: Ahora la estará queriendo.

Leñador 2: El cuerpo de ella para él y el cuerpo de él para ella.

Leñador 3: Los buscan y los matarán.

Leñador 1: Pero ya habrán mezclado sus sangres y serán como los cántaros vacíos, como los arroyos secos.

Leñador 2: Hay muchas nubes y será fácil que la Luna no salga.



Leñador 3: El novio los encontrará con Luna o sin Luna. Yo lo vi salir, como una estrella furiosa, la cara color ceniza. Expresaba el sino de su casta.

Leñador 1: Su casta de muertos en mitad de la calle.

Leñador 2: ¡Eso es!

Leñador 3: ¿Crees que ellos lograrán romper el cerco?

Leñador 2: Es difícil. Hay cuchillos y escopetas a diez leguas a la redonda.

Leñador 3: Él lleva un buen caballo.

Leñador 2: Pero lleva una mujer.

Leñador 1: Ya estamos cerca.

Leñador 2: Un árbol de cuarenta ramas. Lo cortaremos pronto.

Leñador 3: Ahora sale la Luna. Vamos a darnos prisa.

(por la izquierda sale una claridad.)

Leñador 1: ¡Ay Luna que sales!

Luna de las hojas grandes,

Leñador 2: ¡Llena de jazmines la sangre!

Leñador 1: ¡Ay Luna sola!

¡Luna de las verdes hojas!

Leñador 2: Plata en la cara de la novia.

Leñador 3: ¡Ay Luna mala!

Deja para el amor la oscura rama.

Leñador 1: ¡Ay triste Luna!

Deja para el amor la rama oscura!

(Elena y Josué)

(Sale. Por la claridad de la izquierda aparece la Luna.
la Luna es un leñador joven con la cara blanca.
La escena adquiere un vivo resplandor azul)

LUNA:

Cisne redondo en el río,
ojo de las catedrales,
alba fingida en las hojas
soy; ¡no podrán escaparse!
¿Quién se oculta? ¿Quién solloza
por la maleza del valle?
La Luna deja un cuchillo
abandonado en el aire,
que siendo acecho de plomo
quiere ser dolor de sangre.
¡Dejadme entrar! ¡Vengo helada
por paredes y cristales!
¡Abrid tejados y pechos
donde pueda calentarme!
¡Tengo frío! Mis cenizas
de soñolientos metales,
buscan la cresta del fuego
por los montes y las calles.
Pero me lleva la nieve
sobre su espalda de jaspe,
y me anega, dura y fría,
el agua de los estanques.
Pues esta noche tendrán
mis mejillas roja sangre,
y los juncos agrupados
en los anchos pies del aire.
¡No haya sombra ni emboscada,
que no puedan escaparse!
¡Que quiero entrar en un pecho
para poder calentarme!
¡Un corazón para mí!
¡Caliente!, que se derrame
por los montes de mis pechos,
dejadme entrar, ¡ay, dejadme!



(A las ramas.)

No quiero sombras. Mis rayos
han de entrar en todas partes,
y haya en los troncos oscuros
un rumor de claridades,
para que esta noche tengan
mis mejillas dulce sangre,
y los juncos agrupados
en los anchos pies del aire.
¿Quién se oculta? ¡Afuera digo!
¡No! ¡No podrán escaparse!
Yo haré lucir al caballo
una fiebre de diamante.

Desaparece entre los troncos, y vuelve la escena a su luz oscura.
Sale una Anciana totalmente cubierta por tenues paños verdeoscuros.
Lleva los pies descalzos. Apenas si se le verá el rostro entre los pliegues.

MENDIGA:

Esa Luna se va, y ellos se acercan.
De aquí no pasan. El rumor del río
apagará con el rumor de troncos
el desgarrado vuelo de los gritos.
Aquí ha de ser, y pronto. Estoy cansada.
Abren los cofres, y los blancos hilos
aguardan por el suelo de la alcoba
cuerpos pesados con el cuello herido.
No se despierte un pájaro y la brisa
recogiendo en su falda los gemidos
huya con ellos por las negras copas
o los entierre por el blando limo,



(Impaciente.)

¡Esa Luna, esa Luna!

(Aparece la Luna. Vuelve la luz intensa.)

LUNA: Ya se acercan. Unos por la cañada y el otro por el río. Voy a alumbrar
las piedras. ¿Qué necesitas?

MENDIGA: Nada.

LUNA: El aire va llegando duro, con doble filo.

MENDIGA: Ilumina el chaleco y aparta los botones, que después las navajas
ya saben el camino.

LUNA:

Pero que tarden mucho en morir.

Que la sangre me ponga entre los dedos su delicado silbo.

¡Mira que ya mis valles de ceniza despiertan
en ansia de esta fuente de chorro estremecido!

MENDIGA: No dejemos que pasen el arroyo. ¡Silencio!

LUNA: ¡Allí vienen! (Se va. Queda la escena oscura.)

MENDIGA: De prisa. ¡Mucha luz! ¿Me has oído? ¡No pueden escaparse!

(Miguel Ángel, Yoel y Josué)

(Entran el Novio y Mozo 1. La Mendiga se sienta y se tapa con el manto.)

NOVIO: Por aquí.

MOZO 1: No los encontrarás.

NOVIO: (Enérgico.) ¡Sí los encontraré!

MOZO 1: Creo que se han ido por otra vereda.

NOVIO: No. Yo sentí hace un momento el galope.

MOZO 1: Sería otro caballo.

NOVIO: (Dramático.) Oye. No hay más que un caballo en el mundo, y es éste. ¿Te has enterado? Si me sigues, sígueme sin hablar.

MOZO 1: Es que quisiera...

NOVIO: Calla. Estoy seguro de encontrármelos aquí. ¿Ves este brazo? Pues no es mi brazo. Es el brazo de mi hermano y el de mi padre y el de toda mi familia que

está muerta. Y tiene tanto poderío, que puede arrancar este árbol de raíz si quiere. Y vamos pronto, que siento los dientes de todos los míos clavados aquí de una manera que se me hace imposible respirar tranquilo.

MENDIGA: (quejándose.) ¡Ay!

NOVIO: ¿Qué quieres?

MENDIGA: Tengo frío.

NOVIO: ¿Adónde te diriges?

MENDIGA: (Siempre quejándose como una mendiga). Allá lejos...

NOVIO: ¿De dónde vienes?

MENDIGA: De allí... de muy lejos.

NOVIO: ¿Viste un hombre y una mujer que corrían montados en un caballo?

MENDIGA: (Despertándose.). Espera... (Lo mira.). Hermoso galán. (Se levanta.). Pero mucho más hermoso si estuviera dormido.

NOVIO: Dime, contesta, ¿los viste?

MENDIGA: Espera... ¡Qué espaldas más anchas! ¿Cómo no te gusta estar tendido sobre ellas y no andar sobre las plantas de los pies que son tan chicas?

NOVIO: (Zarandeándola.) ¡Te digo si los viste! ¿Han pasado por aquí?

MENDIGA: (Enérgica.) No han pasado; pero están saliendo de la colina. ¿No los oyes?

NOVIO: No.

MENDIGA: ¿Tú no conoces el camino?



Colegio Público “San José de la Montaña”. Sangonera la Seca. Murcia

NOVIO: ¡Iré sea como sea!

MENDIGA: Te acompañaré. Conozco esta tierra.

NOVIO. (Impaciente) ¡Pero vamos! ¿Por dónde?

MENDIGA: (Dramática.) ¡Por allí!

Salen rápidos.

ACTO TERCERO. Cuadro último. (Davinia, Amina y Lidia)

MADRE: Calla.

VECINA: No puedo.

MADRE: Calla, he dicho. (En la puerta.) ¿No hay nadie aquí? (Se lleva las manos a la frente.) Debía contestarme mi hijo. Pero mi hijo es ya un brazado de flores secas. Mi hijo es ya una voz oscura detrás de los montes. (Con rabia a la vecina.) ¿Te quieres callar? No quiero llantos en esta casa. Vuestras lágrimas son lágrimas de los ojos nada más, y las mías vendrán cuando yo esté sola, de las plantas de mis pies, de mis raíces, y serán más ardientes que la sangre.

VECINA: Vente a mi casa; no te quedes aquí.

MADRE: Aquí, aquí quiero estar. Y tranquila. Ya todos están muertos. A media noche dormiré, dormiré sin que ya me aterren la escopeta o el cuchillo. Otras madres se asomarán a las



ventanas, azotadas por la lluvia, para ver el rostro de sus hijos. Yo no. Yo haré con mi sueño una fría paloma de marfil que lleve camelias de escarcha sobre el camposanto. Pero no; camposanto no, camposanto no: lecho de tierra, cama que los cobija y que los mece por el cielo. (Entra una mujer de negro que se dirige a la derecha y allí se arrodilla. A la vecina .) Quítate las manos de la cara. Hemos de pasar días terribles. No quiero ver a nadie. La tierra y yo. Mi llanto y yo. Y estas cuatro paredes. ¡Ay! ¡Ay! (Se sienta transida.)

VECINA: Ten caridad de ti misma.

MADRE: (Echándose el pelo hacia atrás.) He de estar serena. Porque vendrán las vecinas y no quiero que me vean tan pobre. ¡Tan pobre! Una mujer que no tiene un hijo siquiera que poderse llevar a los labios.

VECINA: (Viendo a la novia, con rabia.) ¿Dónde vas?

NOVIA: Aquí vengo.

MADRE: (A la vecina.) ¿Quién es?

VECINA: ¿no la reconoces?

Colegio Público “San José de la Montaña”. Sangonera la Seca. Murcia

MADRE: Por eso pregunto quién es. Porque tengo que no reconocerla, para no clavarle mis dientes en el cuello. ¡Víbora! (Se dirige hacia la novia con ademán fulminante; se detiene. A la vecina.) ¿La ves? Está ahí, y está llorando, y yo quieta sin arrancarle los ojos. No me entiendo. ¿Será que yo no quería a mi hijo? Pero ¿y su honra? ¿Dónde está su honra?! (Golpea a la novia. Ésta cae al suelo.)

VECINA: ¡Por Dios! (Trata de separarlas.)

NOVIA: (A la vecina.) Déjala; he venido para que me mate y que me lleven con ellos. (A la madre.) Pero no con las manos; con garfios de alambre, con una hoz, y con fuerza, hasta que se rompa en mis huesos. ¡Déjala! Que quiero que sepa que yo soy limpia, que estaré loca, pero que me pueden enterrar sin que ningún hombre se haya mirado en la blancura de mis pechos.

MADRE: Calla, calla; ¿qué me importa eso a mí?

NOVIA: ¡Porque yo me fui con el otro, me fui! (Con angustia.) Tú también te hubieras ido. Yo era una mujer quemada, llena de llagas por dentro y por fuera, y tu hijo era un poquito de agua de la que yo esperaba hijos, tierra, salud; pero el otro era un río oscuro, lleno de ramas que acercaba a mí el rumor de juncos y su cantar entre dientes. Y yo corría con tu hijo que era como un niño de agua fría y el otro me mandaba cientos de pájaros que me impedían el andar y que dejaban escarcha sobre mis heridas de pobre mujer marchita, de muchacha acariciada por el fuego. Yo no quería, ¡óyelo bien!; yo no quería. ¡Tu hijo era mi fin y yo no lo he engañado, pero el brazo del otro me arrastró como un golpe de mar, como la cabezada de un mulo, y me hubiera arrastrado siempre, siempre, siempre, aunque hubiera sido vieja y todos los hijos de tu hijo me hubiesen agarrado de los cabellos!

(Entra una vecina.)

MADRE: Ella no tiene la culpa, ¡ni yo! (Sarcástica.) ¿Quién la tiene, pues? ¡Floja, delicada, mujer de mal dormir, es quien tira una corona de azahar para buscar un pedazo de cama calentado por otra mujer!

NOVIA: ¡Calla, calla! Véngate de mí; ¡aquí estoy! Mira que mi cuello es blando; te costará menos trabajo que segar una dalia de tu huerto. Pero ¡eso no! Honrada, honrada como una niña recién nacida. Y fuerte para demostrártelo. Enciende la lumbre. Vamos a meter las manos; tú, por tu hijo, yo, por mi cuerpo. las retirarás antes tú.

(Entra otra vecina.)

MADRE: Pero ¿qué me importa a mí tu honradez? ¿Qué me importa tu muerte? ¿Qué me importa a mí nada de nada? Benditos sean los trigos, porque mis hijos están debajo de ellos; bendita sea la lluvia, porque moja la cara de los muertos. Bendito sea Dios, que nos tiende juntos para descansar.

(Entra otra vecina.)

NOVIA: ¡Déjame llorar contigo!

MADRE: Lloro. Pero en la puerta.